

Lolita toma la palabra (sobre *Le Consentement* de Vanessa Springora)*

Paula Botta
Université d'Aix-en-Provence



A los 13 años Vanessa vive con su madre en un departamento de París. Una noche cualquiera, y a fuerza de chantaje afectivo, su madre (quien siempre ha trabajado en el ámbito de las editoriales y las letras) la convence de que la acompañe a una cena con colegas y amigos, todas personalidades del mundo literario. La noche transcurre aburridamente hasta que, en medio de la cena, una mirada se clava en ella. Por primera vez se siente el centro de atención. Más tarde, esperando con ansias el fin de la interminable sobremesa, se aparta y se instala en un sillón para leer *Eugénie Grandet*. La literatura había sido (desde siempre y hasta ese momento)

* Springora, Vanessa (2020). *Le Consentement*. Paris : Grasset. 216 pages. ISBN 224682270X, 9782246822707.

el único refugio y compañía de su soledad. Vuelve a sentir esa mirada de deseo. Esa mirada de un hombre cuyas palabras despiertan las risas y la complacencia del resto de los comensales le concede un protagonismo desconocido. El deseo acontece y ella es partícipe de ese acontecimiento; ella, la niña que había crecido rodeada (literalmente) de libros y “d’une solitude dévorante”(34). Se siente deseada por primera vez y por un “homme de lettres”(44) de “présence cosmique”(41). Un señor cuya foto aparece en la librería a la que llega corriendo al día siguiente para comprar cualquier libro de su autoría, que leerá con devoción. Un señor que poco tiempo después de la fatídica cena, comenzará a enviarle sus primeras cartas de amor en las que la tratará de “usted”. Ella tiene 13 años. Él, 50. La estrategia del cazador comienza a desplegarse. Todos los días, él la esperará a la salida de la escuela hasta que el idilio amoroso se consume y comience la primera historia de amor de Vanessa. 35 años después del encuentro, Springora escribe un texto autobiográfico en el cual relata con crudeza, sin excesos ni pudores, la relación que mantuvo con Gabriel Matzneff y los años que le llevó reconstruirse. A partir de ahora, Vanessa y Gabriel serán los personajes protagonistas: “V”y “G”.

Le consentement es un relato testimonial en primera persona (una primerísima, excesiva y necesaria primera persona) de una mujer adulta que narra la relación que vivió a sus 13 años con un hombre de 50. Relato dividido en seis partes (*L’enfant, La proie, L’emprise, La déprise, L’empreinte, Écrire*) que fluye, por un lado, siguiendo el curso cronológico de los acontecimientos que van desde su niñez hasta su adultez de la escritura, y que, por otro, se ve interrumpido por reveladoras disquisiones que analizan con objetivo escalpelo las condiciones familiares, sociales y culturales que posibilitaron y consintieron el vínculo entre la niña y el hombre. Una relación “consentida”(prolongada en el tiempo) que la objetivó como ser y como mujer hasta que su propia escritura la engendró como sujeto de enunciación (y como sujeto empírico, según ella misma).

En la contratapa podemos encontrar una breve descripción de la publicación: “*Vanessa Springora est éditrice. Le consentement est son premier livre.*”(énfasis nuestro). Esto es innegable. Pero también lo es el hecho de que con este primer libro la entidad de “sujeto” nace a partir de su propia creación literaria: escribirse a sí misma es el modo de dejar de pertenecer a la ficción en la que se encontraba desde el inicio de su relación con “G”, vínculo atravesado por la escritura de principio a fin. Los permanentes intercambios epistolares inauguran y terminan la relación; “G” será “un professeur particulier entièrement dévoué” a la educación y la cultura de la niña (para él será siempre “ma belle écolière” o “mon enfant chérie”, 59) y hasta llegará a corregir y/o reescribir sus redacciones para el colegio. Sus encuentros sexuales, las despedidas, las discusiones y los desgarros emocionales se producirán en el monoambiente únicamente equipado por una gran cama, un pequeño escritorio con una máquina de escribir y paredes atiborradas de libros. La escritura de una novela inspirada en la relación que los une y que, para el mismo “G” será “sa rédemption”—una suerte de “réforme” de son existence dissipé pour les beaux yeux d’une jeune fille de quatorze ans”(93)— producirá el cambio de posición de “V”: “de muse, je me transforme peu à peu en personnage de fiction”(94). Y será también en la escritura que “V” encontrará la traición y la mentira: al igual que en *Barba azul*, “G” le había prohibido el acceso a ciertos libros de su biblioteca (textos de su autoría) que ella leerá desafortunadamente en un momento crítico, en busca de respuestas. En esos textos y en otras cartas (en las que reconoce, con otras destinatarias, la estructura repetida y casi mecánica que alguna vez la había subyugado) descubre el horror de lo ominoso: “Les petits garçons de onze ou douze ans que je mets ici dans mon lit sont un piment rare”(121), reza una de las líneas de los escritos de “G” en los que “V” descubre el motivo de sus viajes a Manila. A partir de ese momento, la literatura y el amor serán sinónimos de veneno: ambos hacen daño. “V” dejará caer su voz al vacío, abandonará la escritura de su diario y la creación literaria pasará a cobrar para ella dimensiones parasitarias y destructivas: “Si G. est bien le pervers

qu'on m'a tant de fois dépeint, le salaud absolu... alors cela fait-il de moi aussi un monstre ? Je tente immédiatement de refouler cette idée. Mais le venin est entré, et il commence à se répandre.”(122).

La elección del título es la línea vertebral del texto que escapa a los detalles eróticos o escabrosos que podrían surgir en el relato de la relación entre la niña y el hombre, o mejor: la niña y el ogro. Desde el prólogo, el relato de Springora plantea una urdimbre de hilos que anudan la escritura, la figura y el aura del escritor, la ficción, el deseo, lo prohibido y los insterticios nada claros entre todos estos elementos. Pero es precisamente en la primera línea del prólogo donde la autora define el inicio del trayecto: “les contes pour enfants son source de sagesse”(9). Una sabiduría que a lo largo de las eras les ha insuflado vida a infinidad de personajes niñas o mujeres que se enfrentan, desde la pureza y la inocencia, a la tentación, a la fascinación, a lo prohibido, a la desobediencia: a la perdición. Así, el relato instala, desde la primera página, una serie de inquietudes en torno de esta cuestión y podemos preguntarnos finalmente: ¿son ellas las culpables del castigo? ¿Es culpable Blancanieves por haber mordido la manzana ? ¿Es culpable Caperucita por desobedecer a su madre y aceptar el desafío del lobo? ¿Es culpable Lolita de que sus mohines de *starlette* hayan conducido al paroxismo la adicción de Humboldt por las *nymphettes*? ¿Es culpable “V” por haberse rendido a los pies de “G” a sus tiernos 14 años? ¿Todas ellas son “consentidoras”? ¿Son todas culpables?

Vanessa solía ser una niña taciturna y melancólica, fruto del matrimonio de sus padres infeliz y quebrado desde el inicio. El abandono de su padre, quien se encargó de mostrarle gradualmente que no había espacio para ella en su vida, le dejó sus primeras marcas. En la primera parte del relato, “L'enfant”, encontramos dos imágenes en torno de la figura paterna que se instalarán con fuerza en la memoria niña. La primera es el encuentro abrupto, en medio de una expedición al placard de su padre, de “une femme nue grandeur nature, tout en latex, des orifices formant d'horribles creux et plis aux niveaux de la bouche et du sexe, son sourire narquois et ses yeux mornes rivés”(22). La segunda es

una imagen sonora, un chasquido impreso en su memoria que se produce en uno de los caros restaurantes en los que se daban los esporádicos encuentros entre padre e hija: el chasquido del elástico de la tanga de una bailarina oriental que danzaba al rededor su padre, autor del estruendo al colocar un billete en el bajo vientre de la mujer. Frente a la mirada de “fierté et de concupiscence” con que su padre realizaba la tarea, “V” sintió que a él poco le había importado que en ese momento ella se sintiera “désintègrée dans l’atmosphère”(27).

En el derrotero de su memoria, se suceden múltiples imágenes mediante las cuales el lector se enfrentará a los retazos de lo que quedó de la niña y de la adolescente “V” que se interpelan entre sí en una inquietante “arbitrariedad”. Esa sucesión de instantáneas de los cinco sentidos y la dolorosa belleza de la escritura de Springora nos remite a los recovecos de lo subjetivo, de la intimidad más profunda, al grito colectivo: su trauma podría ser el trauma de cualquier niña, adolescente o mujer. Es una voz que toma la palabra por todas. Y es una voz que se constituye en la escritura.

Vanessa Springora es editora (actualmente, Directora de la Editorial *Julliard*), cineasta y escritora. El 2 de enero de 2020 publica *Le consentement* (Editorial Grasset), su primer libro, que recibió este año el Premio *Jean-Jacques Rousseau* de la autobiografía. Luego de la primera impresión, la casa editorial debió lanzar cinco reimpressiones: en tres días se vendieron 10.000 ejemplares y, actualmente, ocupa los primeros puestos de los libros más vendidos en Francia. Sin embargo, la repercusión mediática parece ir mucho más allá de las ventas. Springora es invitada para presentar y hablar de su obra en programas de radio y televisión y es posible, también, encontrarla en entrevistas de innumerables periódicos y revistas culturales. La polémica y los debates mediáticos que su obra ha suscitado también la ubican más allá del denominado *Affaire Matzneff*.

Referencia obligada, Gabriel Matzneff (1936) es un escritor francés, ganador del Premio *Mottart* (1987) y *Amic* (2009) de la Academia Francesa, del Premio *Renaudot* al ensayo en 2013, entre otros. En 1974 publica el polémico

libro *Les moins de seize ans* que se ubica, según él mismo, en el cruce entre la confesión y el panfleto libertario. Otras voces (entre ellas, nuestra autora) dirán que se trata llanamente de una apología a la pedofilia en la cual defiende la tesis según la cual se debería incitar, siguiendo el ejemplo de la Antigüedad clásica, a que la iniciación sexual de los y las jóvenes se lleve a cabo de la mano de un adulto. En cuanto al consentimiento, en repetidas oportunidades y en el libro antes citado, Matzneff esgrimirá el argumento de que “les très jeunes sont tentants. Ils sont aussi tentés. Je n’ai jamais arraché ni par la ruse ni par la force le moindre baiser, la moindre caresse.”

En este sentido, la alusión al cambio de paradigma del que somos testigos y partícipes es insoslayable. El relato de Springora se sitúa en un lúcido análisis de los hechos que pertenecen a un lugar y a un momento dados de su historia personal y también, y sobre todo, de la historia colectiva. Diez años antes del encuentro entre “V” y “G” estamos en pleno Mayo francés con la consecuente explosión y cuestionamiento de los hábitos y costumbres pone en el centro la premisa *il est interdit d’interdire*. En *Le consentement*, la autora dedica varias páginas al análisis de dicha época ya que se trata de ciertas condiciones históricas que tienen a uno de nuestros “personajes” como protagonista directo. En 2013, Matzneff reconoce haber sido, por esos años, el precursor de un debate intelectual y civil en torno de la libertad y los límites dentro de las relaciones sexuales entre adultos y menores. De hecho, será él mismo quien escriba una carta publicada en 1977 en el periódico *Le Monde* en la cual se subleva contra la encarcelación de tres hombres en espera de su proceso por haber tenido relaciones sexuales con menores de 13 y 14 años. Dicha carta, “À propos d’un procès”, contará con las firmas de eminencias intelectuales, psicoanalistas y filósofos de la talla de Roland Barthes, Gilles Deleuze, Simone de Beauvoir, Jean-Paul Sartre, entre muchos otros.

Cabe destacar que una de las reivindicaciones del Mayo del 68 fue precisamente la liberación sexual y que los niños, las niñas y los adolescentes dejaran de ser objetos sojuzgados por la autoridad y pudieran también ser

sujetos libres y autónomos. La relación entre estos dos aspectos es más que compleja (e incluye cuestiones políticas e ideológicas que no vienen al caso), al igual que la coyuntura del momento, y con certeza dicha relación pudo haber sido susceptible de manipulación por personajes como Matzneff. Sin embargo, nada más ajeno al texto analizado que elevar algún juicio de valor en torno a esta revelación: no es un dictamen, es un hecho. Y en ello tal vez radique uno de los aspectos más destacables del libro: Springora no juzga una época, analiza ciertos hechos que eventualmente podrían ilustrarla (o ayudarnos a comprenderla en función del presente). El retrato conmovedor que hace de su madre a lo largo de los años puede operar de ejemplo. En cuanto la joven “V” le cuenta a su madre acerca de las cartas que había comenzado a recibir de parte de “G”, la advertencia materna “Tu n’es pas au courant que c’est un pédophile ?”(51) se desvanece frente a la desbocada irreverencia libertaria de la niña quien defenderá ese amor, si es necesario, con su propia vida. No se puede prohibir y la madre “feministe et soixante huitarde”, pese a la reticencia inicial, terminará por aceptar la relación. Más tarde, cuando “V” le anuncie con un hilo ahogado de voz que ha decidido poner fin a su relación con “G”, con el mismo e inexplicable criterio materno la réplica será: “Le pauvre, tu es sûre ? Il t’adore !”(152). Y nuevamente, uno de los aspectos más notables del libro es que, sin dejar de ser denunciatorio, el tono del relato se detiene siempre en la inflexión previa al veredicto. En uno de los pasajes más bellos del texto, “V” confiesa haber volcado la culpa de sus períodos más oscuros de angustia y depresión en una madre que jamás reconoció el más mínimo ápice de culpa, lo cual mereció haberle hecho la vida imposible. Hasta el día en que le entrega el manuscrito y la respuesta que recibe esta vez es: “Ne change rien. C’est ton histoire.”(201).

Las sombras y las luces que conforman todos los escenarios humanos posibles. Y aquí la pregunta sin respuesta que se suma a los interrogantes actuales: ¿podemos juzgar al pasado con los paradigmas actuales? ¿Cómo reflexionar, deconstruir, reconstruir y seguir construyendo sin terminar

produciendo discursos más conservadores y puritanos contra los que alguna vez la *intelligenza* del 68 se rebeló?

En todo caso, actualmente, Matzneff reside en el norte de Italia a la espera de ser juzgado, en septiembre de este año, por el crimen de “apología de la pedofilia”. Recién en los últimos tiempos, los circuitos literarios e inclusive ciertas (altas) esferas del poder político le retiraron todo apoyo moral y económico. El juicio de los medios de comunicación y la opinión pública hicieron el resto. * Alérgicos ante cualquier posibilidad de rozar el puritanismo anglosajón, los intelectuales franceses que toman algún tipo de partido realizan un difícil ejercicio de funambulismo para que el juicio de la opinión pública contra Matzneff no recaiga ni en la censura de un libro ni en la limitación de las posibilidades de la literatura ni el detrimento de la obra artística por la obra humana. Sin embargo, la misma Vanessa Springora se ha mostrado contraria a cualquier tipo de censura. Ni siquiera se detiene a negar el talento de Matzneff como escritor. La discusión no reside en la prohibición de la obra del artista, sino en el hecho de que esa “aura” o ese “poder” ejercido dentro del campo intelectual no juegue como injusto contrapeso para “dispensar” las culpas, ya no de los objetos artísticos, sino de las acciones humanas de sus creadores. Pero ese es otro debate.

Ahora bien, más allá de Gabriel Matzneff, su producción literaria y su derrotero particular, al finalizar la lectura de *Le consentement*, la figura de “G” se desdibuja y su fantasma ya no ocupa el centro. No interesa tanto (o únicamente) el ogro del cuento, importa todo lo demás. El tratamiento filigranático de las emociones y vivencias de “V” se ve atravesado permanentemente por los mecanismos discursivos que comienzan en su madre y llegan a todos los ámbitos institucionales de la vida social (la escuela, la policía, el hospital) que propiciaron y consintieron los hechos. ¿Cómo fue

* Recién en enero de este año, y luego de varios procesos judiciales en su contra, las cuatro editoriales que continuaban publicando los títulos de Matzneff, Gallimard, La table ronde, Léo Scheer y Stock, anunciaron que no comercializarán más algunos de sus libros, especialmente los *Carnets noirs* (sus diarios personales) y *Les Moins de seize ans*.

posible? Parafraseando a la autora, gracias a la complacencia de toda una época. El problema no fue ni es Matzneff, sino todas las condiciones que tuvieron que darse para que eso ocurriera: todos, antes y después, sabían quién era Matzneff y nadie hizo nada. Todos actuaron con su omisión y su silencio. La poesía del texto reside en la fuerza y la fragilidad de los hechos en sí mismos: no encontraremos respuestas, sólo silencios y a una “V” que hoy se interroga, se interpela y nos interpela.

La autora abrió la caja de Pandora en un momento histórico crucial para las mujeres. En Francia, el efecto de su libro podría compararse, en el ámbito de las letras, con el de tantos otros actos de denuncia y posicionamiento de las mujeres. Más allá de hombres como Matzneff, sigue asombrando “el consentimiento” (pasado y presente) frente a los crímenes (violación, abuso sexual, pedofilia, prostitución infantil) cometidos por artistas, como si pertenecieran a una aristocracia cultural intocable. Sin embargo, no se trata de una denuncia en la justicia, ni de un gesto público ni una denuncia mediática: se trata de un libro. En este caso, un gesto político y literario. Ya era hora de que Lolita se adueñara de su voz para tomar la palabra.